

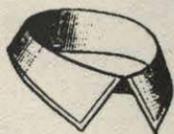
La necesidad de construir una escuela libertaria aún en tiempos de guerra

Pollitos de acero

Josué L. Sarmiento
Docente en proceso de formación



A la sombra de los lapices



La escuela, tal como hoy se presenta, tiene un carácter que riñe con el discurso democratizador que en diversos momentos maneja. Desde la forma como se toman las decisiones que tienen que ver con los aspectos académico, presupuestal, administrativo o disciplinario, hasta la forma como se desarrollan las distintas actividades al interior del aula. En uno y otro espacio, son los estamentos administrativo y docente los que deciden y ejecutan, marginando a los estudiantes y padres de familia de tales decisiones, a pesar de que les impartimos la cátedra de democracia y nos lamentamos porque no participan, porque son indiferentes o porque son apáticos. Pero, ¿cómo les vamos a exigir que participen en la vida política de la escuela (personeros, gobierno escolar, etc.) si no les hemos dado la posibilidad de tomar las decisiones que consideren necesarias en los aspectos que les afectan directamente?, sin importar que se equivoquen, total ¿quién... para aprender a caminar, no tuvo que raspase las rodillas?

En un documento de trabajo elaborado por la Universidad Nacional acerca de la evaluación de docentes se afirma

que a la escuela no basta con reformarla, sino que se hace necesaria la reestructuración de la institución escolar, es decir, que para la democratización de la misma, esta reestructuración es requisito. Las actuales formas administrativas, curriculares y prácticas pedagógicas impiden el ejercicio de la democracia en su sentido amplio, de la autonomía, del goce de los derechos y la libertad en la institución escolar. Tal reestructuración debe incluir la abolición de sus estructuras opresoras a nivel de saberes, permitiendo la entrada de nuevos conocimientos que además no son monopolio exclusivo de los docentes, donde la igualdad entre maestros y estudiantes exista y la otorgue el hecho de compartir la condición de seres humanos. En suma, el autoritarismo de la escuela es un problema endémico que se hace necesario atacar si queremos pensar en un futuro más humano y menos normativo.

Algo peor:
La militarización de la escuela en zonas de conflicto.

Hemos señalado, hasta ahora, cómo el problema de avanzar en procesos de construcción de una escuela distinta, no autoritaria, crítica y transformadora tropieza con obstáculos propios de la tradición verticalista y marginalista, en la cual nos hemos educado. Por otra parte, es obvio que el Estado no va a fomentar una escuela de esas características, pues esta se convertiría en un muy incómodo cuestionador permanente del accionar estatal y social. Pero algo ante lo que no podemos ser indiferentes -por más defensores de la tradición que seamos- es la implantación, en las instituciones educativas, de estrategias calificadas como cívico-militares, con las cuales se involucra a la niñez en el conflicto armado inculcándoles a

los infantiles valores que riñen con el deber ser de estos espacios.

Para la muestra tres botones: en primer lugar, está el programa llamado cínicamente "Los Pollitos de Acero", adelantado por la Fuerza de Tarea Dragón del Ejército Nacional en el sector de *Altos de Cazuca* en Ciudad Bolívar, el cual busca incorporar niños entre los 4 y los 6 años de edad a diversas actividades programadas y orientadas por personal de la contraguerrilla del ejército, como parte de las acciones cívico-militares para combatir la guerrilla en esta zona de Bogotá, lo anterior no es más que un trabajo de adoctrinamiento en el respeto a la disciplina, a la autoridad y al fomento de una mentalidad guerrillera en los infantiles. Se involucra así a la población civil en el conflicto y, lo que es peor, se adoctrina a los niños desde una edad temprana, independientemente de lo justa o injusta que sea la causa. Paralelamente el gobierno ratifica el Protocolo II y se condena la incorporación de menores a las filas de los ejércitos. Un segundo ejemplo lo constituye el programa de "Carabineritos" de la policía, que sería -en cierta forma- la continuación del anterior, pues sus edades van de los 8 años en adelante. En ambos casos se dota a los niños de uniformes, zapatos o botas, implementos con diseños y símbolos similares a los que usa la fuerza pública. Estrategias como estas no dejan de causar estupor, en especial, para quienes estamos convencidos que la escuela, y con mayor razón en sectores tan conflictivos como Ciudad Bolívar, debe ser capaz de construir y proponer alternativas distintas de convivencia y libertad.

Lo más grave de esta situación es que se utilizan las escuelas para adelantar este tipo de programas, ya que es el espacio donde se encuentran los niños reunidos (cautivos) y explotando sus necesidades de vestuario, alimento y recreación, pues este tipo de proyectos se desarrollan preferencialmente en las zonas donde la población posee las mayores necesidades básicas insatis-

fechas y, por ende, son más vulnerables ante estos ofrecimientos. El problema radica en la preparación de la niñez para el ejercicio de la violencia, por una parte, y en la utilización del espacio escolar, que es el llamado a sentar las bases de la convivencia pacífica, la democracia y la libertad, como espacio de confrontación y reclutamiento de menores, violando su neutralidad en el conflicto y obligando a los maestros a ser cómplices de su propio *suicidio pedagógico*.

Pareciera que esta es la solución perfecta a los problemas de presupuesto que afronta el sector educativo en el Distrito Capital (!pongamos a los bachilleres a educar en primaria!), cuando en otros países son los educadores mejor preparados y más capaces quienes se encargan de la educación de los niños en sus primeros años; si así es, olvidémonos del acceso democrático al conocimiento, de la calidad educativa y de la construcción de una escuela y una sociedad transformadora, propositiva y tolerante. Se seguirá educando en Colombia con dos tipos de escuelas: una para mandar y otra (la mayoría) para obedecer. A pesar de todo, algunos todavía confiamos en que no es utópico pensar en una escuela de características verdaderamente libertarias pero como en el marco de la actual educación estatal ello no se vislumbra como una posibilidad cercana, deberíamos ir pensando en posibilidades autogestivas encaminadas a la construcción de un espacio escolar donde el ejercicio de la autonomía, la democracia y la libertad sea práctica cotidiana para todos, donde aprender provoque alegría, donde no se busque uniformar los cuerpos, los espíritus y las mentes, donde la convivencia entre iguales sea realidad, donde el adoctrinamiento y la domesticación sean propios de un pasado absurdo pero afortunadamente superado, donde podamos *ser*, sin temor al marginamiento, en fin: donde podamos crecer como seres humanos.

